

Frans Mauricio Castro Barahona*
(Pontificia Universidad Javeriana)

Mito de la infancia.

Celia se pudre: mitos, aesthesis y logos

Resumen

El presente escrito se encarga de revisar la novela de Héctor Rojas Herazo, *Celia se pudre*. Novela que es el mito de la infancia, que es todo y es nada, que es la existencia, pero también la muerte. Es un mito, que más allá de ser una defensa para el hombre contra lo intangible y amenazador, pone al ser humano en las fronteras del abismo, lo hace caminar en ellas y sentir las como parientes, sus hermanas, una imagen de ellas. Con la conciencia de la muerte se abre la conciencia del habitar. Éste es la otra mitología de lo humano, es el punto que construye el recuerdo capaz de poseer el presente y ser pasado. La casa o la ciudad son el habitar y el habitar es el ser. Un ser caótico, lleno de resignificaciones y nuevos sentidos. Esta termina con el hombre mismo y ella también acaba al hombre.

Palabras clave: existencia, ser humano, conciencia, mitología, Héctor Rojas Herazo.

Abstracts

Myth of the childhood. Celia se pudre: Myths, Aesthesis and Logoses.

The written present takes charge of revising the novel of Héctor Rojas Herazo, *Celia se pudre*. Novelizes that it is the myth of the childhood that is everything and it is anything, it is the existence but the death is also a myth that beyond being a defense for the man against the intangible and lowering, it puts to the human being in the frontiers of the abyss, he makes it walk inside them and he makes it feel them as relatives, its sisters, an image of them. With the

* Estudiante de Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

conscience of the death the conscience opens up of inhabiting. This is the other mythology of the human thing, it is the point that builds the memory able to possess the present and last being. The house or the city are the to inhabit and inhabiting he is the being. A chaotic being, full with re-significances and new senses. This finishes with the same man and her it also finishes the man.

Key Words: Existence, human being, makes aware, mythology, Héctor Rojas Herazo.

Rojas Herazo es un escritor que desea comprender la totalidad de la existencia humana a partir de la conciencia de la muerte y el regreso a la infancia. Sus armas son el humor y el erotismo; su inspiración, los recuerdos de su infancia y el mar que alimentan su imaginación creadora y que exponen de manera brillante en *Celia*. Su obra, de tonos existencialistas y nihilistas, es un grito desesperado y ritualizado que renueva el ser primigenio, lo que siempre se ha sido, se es y se llegará a ser porque en realidad todo está dado desde la infancia. En este artículo, nos interesa tanto la persona de Héctor Rojas Herazo como su obra. Lo primero es el carácter mítico de *Celia se pudre*; cercano a éste, el carácter ontológico dado en el sentir y el habitar y, finalmente, nos referiremos a la personalidad del maestro y la crítica de su obra.

Podría pensarse que estudiar los mitos de una cultura sería hacer el repaso de los errores del hombre. Pierre Grimal (1970) afirma que el mito aparece a través de la historia como un estado del pensamiento humano primitivo anterior a la razón, éste haría parte del periodo pre-lógico, como una fase normal en el desarrollo del hombre. Contrariamente Grimal acerca el mito al pensamiento lógico y al pensamiento cotidiano. Tanto el mito como la ciencia tratan de explicar el mundo y ofrecer un modo de actuar, además de ser un refugio ante lo aterrador de la existencia.

En proporción, hay más cosas que creemos o imaginamos que cosas realmente conocidas. Se trata del carácter mítico y del carácter científico de la humanidad respectivamente. Las cosas iluminadas por la razón hacen parte del conocimiento lógico y científico. Todo lo que está fuera de la razón pertenece a la creencia.

De cualquier manera, el mito es una forma de ganarle a la impotencia ante la que nos encontramos en el mundo y no necesariamente su carácter es falso. El papel del mito, según Pierre Grimal, es el de quitar al alma el peso de una preocupación abrumadora y liberar al espíritu para otras tareas. Este es el caso –por ejemplo– de la comunión cristiana que es la ritualización de un mito de esperanza, la recompensa obtenida después de la muerte que convierte a la Hostia en prenda para la vida eterna.

Muchas culturas nos enseñan desde el mito el equilibrio moral y la sabiduría. La mentalidad mítica no es enfermiza como lo enseña la larga tradición del *logos*. En cambio, a éste se atribuye errores más serios de la humanidad, de cierta forma instrumentalizada. Nietzsche declaró al platonismo como la verdadera enfermedad de la historia y a la filosofía de Kant como la precursora de la desesperanza y el nihilismo, –éste, junto con la filosofía de Parménides, es el principio de la historia del *logos*– Nietzsche apela a la sensibilidad en contra del exceso de racionalidad.

La verdad del mito está dada por la eficacia develada por la relación de éste con el lenguaje. El mito realiza un vínculo entre el pasado y el presente haciendo del pasado una realidad, hoy palabra vivida. Esto hace de él un elemento constitutivo de la conciencia, que de la conciencia colectiva pasa a la individual en el lenguaje.¹ Por esta razón el mito lleva a la acción y es la historia espiritual de una sociedad.

El espacio y el tiempo en el mito hacen referencia a aspectos sagrados –como en la ciencia a profanos– integrados a los ritos que los rememoran. En las sociedades arcaicas, en las cuales hay claridad sobre el origen mítico, es importante re-fundar o re-actualizar ritualmente los acontecimientos primigenios y con ello cumplen una función social y estatutaria.

Sobre el mito se puede reconocer un origen psicológico y una forma distinta de pensamiento conceptual, a esto se llega por medio de la acción o expresión de lo mítico. El mito es la base primordial del rito. Las creencias y los símbolos ritualizados, según Durkheim, hacen que lo mítico ingrese lo sagrado en la esfera de lo profano y con ello logre el control de la conciencia de cada uno de los miembros de la comunidad. Esta es una forma de temor y reverencia ante lo sagrado que expresa la dependencia del individuo a la sociedad.

La contemplación de objetos sagrados suscita cierta excitación intelectual porque se halla centrada en una –actividad mental–, ésta es la excitación de percatarse de vida y fuerza, de virilidad, competición y muerte. El ciclo íntegro de emociones humanas es alcanzado mediante útil contemplación (Langer 1958).

El mito también se gesta en lo subjetivo e íntimo, en la fantasía. Lo onírico se hace material del mito y se reproduce en la imagen que el mismo sueño provee. Quizá por esta razón se cubre tanto al mito como al rito de un carácter trivial. La primera expresión de las emociones humanas frente a lo sagrado es individual: gritos y convulsiones se convierten en reacciones habituales que más allá de buscar el alivio permiten el hecho de expresar. Al hacerse manifiesta, la emoción se vuelve contagiosa y la reacción personal se convierte en danza colectiva. En este proceso se pierde lo íntimo de la expresión para convertirse en símbolo de ella, ya no es lo presente sino el recuerdo traído a la mente, el gesto.

De cualquier manera, estas expresiones, aunque no aparezcan orientadas por una expresión racional, al vestirse de realidad o efectividad como arriba mencionábamos, corresponden a algo más en la estructura del ser humano. La ausencia de estos aspectos representaría una anomalía en una sociedad.

El rito y el mito son una necesidad del ser humano que por ser tal no es superada sino, de alguna manera, reinventada. Por esta razón el mito se aplica tanto a las

¹ Es importante aclarar aquí que el proceso de mitificación de la infancia realizado por Héctor Rojas Herazo en *Celia se pudre*, es un proceso que va de la conciencia individual a la colectiva. No obstante, la primera tiene un origen más amplio que nos llevaría a los terrenos de la psicología, lo cual no es tenido en cuenta en esta reflexión.

práctica contemporáneas como a las arcaicas (cezeneuve). Son fases primordiales de la experiencia humana. Si el *logos* es el principio del conocimiento, el mito es la base de la experiencia. Richard Sennet habla de la función sanadora del rito, de la posibilidad de responder por medio de él a las ofensas y al desprecio, y el enfrentamiento frente al rechazo de manera activa (Sennet 88).

Concluyendo alrededor de este primer grupo de ideas, podríamos decir que el mito es una posibilidad más de conocimiento basada en la experiencia humana que no desconoce el carácter de la racionalidad —el *logos*— sino que la complementa. Además, es una posibilidad de alcanzar desde el individuo la cohesión social— en la medida en que el individuo “exorcice” el mundo que lo aterra, integre lo onírico y se entienda a sí mismo, va a proyectarse a la comunidad. Desde estos aspectos podemos entender la obra de Rojas Herazo: Celia es mito y es *logos*, es experiencia y expresión de una racionalidad sobre la cual va a ejercer dominio la sensibilidad porque para su creador ésta es la rectora de la vida.

La infancia de Rojas Herazo es un lugar mítico que se constituyó como tal con la escritura de *Celia* y su lectura es la ritualización de este mito del deterioro, pues Celia se pudre. Pero en lugar de ser una búsqueda ante la impotencia frente a la muerte es la búsqueda de la lucidez sobre ella.

El trabajo primordial de todo hombre es purificar la lucidez de su morir. No respetar la muerte es negar la existencia. Incluso hay que imaginarla. A la hora de la verdad es la vida misma, su objetivo máximo. Al respecto, Luque Muñoz dice que si tú deseas averiguar qué sentido de la vida hay en un hombre no tienes sino que indagar por el sentido que ese hombre tiene de la muerte.

Lo más importante, es decir, el motivo de la escritura para este autor, es alcanzar la constitución y la comprensión del ser. Todo está presente en el hombre desde la infancia. Ésta es el lugar de las fantasías y de los miedos y a entenderla deben estar orientados todos los esfuerzos. Por eso el personaje principal de *Celia* huye continuamente a esta etapa y es poseído por ella. No obstante, la infancia no se entiende por un esfuerzo racional sino sensitivo: *aesthesis*. Los olores, los sabores, las texturas, el color, las sensaciones llenan el recuerdo y a él apela Rojas Herazo para mostrarnos qué constituye su ser y cómo lo entiende. La misión del hombre consiste en hacer este esfuerzo perceptivo. En *Celia*, el mito de la infancia se transmite por lo sensible a través de la palabra —*logos*— que devela el ser de un hombre, su hacedor.

Aquí no importan el tiempo ni el espacio. Estos se hacen insostenibles porque el ser los sobre pasa. La obra no tiene un argumento que recoja unos sucesos, y el espacio —la casa de la abuela y la ciudad— no es en sí un puntos referencial, es porque existe una conciencia constituida de sensaciones sobre él. Ya no pertenecen a sí mismos, son parte de esa conciencia.

El eje mítico es el recuerdo, una entidad más, o el ser mismo, que viene a poseer el presente superponiéndose a éste por medio de lo corpóreo, la piel: “Ratas de eterni-

dad, eso eran. Horas roedoras, diseminadas en minutos y segundos, deslizándose entre los días, trepando por las medias, los pantalones o las faldas de los oficinistas, engulléndolos” (Rojas Herazo 1998).

El punto de vista del mito que nos da Grimal se queda corto al concebir el mito como poseedor del presente. Éste es la posibilidad para la experiencia, si se quiere su. Giuseppe Zarone (1993) habla en varios sentidos sobre el mito y desde sus reflexiones trataremos de especular alrededor de *Celia*.

En *Celia* hay un contrapunteo entre el pueblo, específicamente la casa y la ciudad. Ambos son develadores de sentido. Zarone cree que la naturaleza de la ciudad viene de la idea de culpa, el mito de la culpa y el destierro de Caín. Éste tiene un aspecto positivo: la posibilidad de redención para el hombre en la ciudad que él mismo construye para sobrevivir sin la protección divina, y otro negativo: la decadencia irremediable, un nihilismo sin superación. El personaje central de *Celia* vive la ciudad en el segundo sentido, la ciudad es lo inabarcable, la nada habitada por seres sin nombre; así, este Caín necesita volver a sus fuentes que están en la casa, el Cedrón, el lugar de donde huye y que corresponde a sus raíces. Aquí las posiciones de uno y otro parecen ir en contravía.

Rojas Herazo concentra la atención en la memoria, pero ésta es un desarraigo, el desarraigo sobre la vida. La memoria hace referencia a la infancia y en su propia infancia se le revela la muerte, el deterioro. así, el ser constituido en la infancia es el ser para la muerte: “Fue una tarde invernal, en Tolú. Tendría yo algo más de cinco años. Participé mucho de la tristeza de esa tarde. Me quedé viendo una paredilla que había enfrente. Y ahí mismo, en ese instante tuve la certeza de que un día iba a morir” (Rojas Herazo 1998).

Aquí hay una forma de nihilismo que se suma al mismo que Rojas Herazo observa en la ciudad. Para Zarone, volver al pasado sería la muerte. En *Celia* hay una sobreabundancia del pasado; mientras que en Zarone, una sobreabundancia de presente. No obstante, las posiciones del escritor y el teórico se hermanan en el morar. Morar en un lado u otro es lo que constituye el ser.

La morada, superando la inseguridad de la vida, es una continua dilación del vencimiento en que la vida amenaza con hundirse. La conciencia de la muerte es la conciencia de su continua dilación dada la fundamental ignorancia de su fecha. El extremo filosófico del tiempo es, pues, la muerte. Coherentemente pensada, ésta exige ser no sólo *thelos*, sino en cuanto tal, principio. La finitud de la existencia sabática imputa a la conciencia las “ambigüedades” del cuerpo. Aplazando la derrota, la conciencia toma sus distancias respecto de ella. La intención desmitificadora de la morada ni siquiera encuentra un obstáculo en la libertad. Puesto que la libertad es apenas un “subproducto” de la vida, y “ser libre significa construir un mundo en que sea posible ser libre,” “toda la libertad del habitar depende del tiempo que le queda siempre a quien habita” (TI, 167). La casa elegida es todo lo contrario a una raíz. Indica

más bien un desapego, una errancia que la torna posible, que no es menos que el instalarse, sino un *plus* de la relación con Otros o con la metafísica. Esto quiere decir: si la casa nos exonera de la errancia, no por esto logra enraizarnos en la tierra, en el lugar, porque en ella la errancia continúa bajo la forma de la libertad y la posibilidad de una alternativa capital basada en que toda casa es casa al quedar cerrada en sí, signo egoísta de un Yo que se recoge, sí, pero para sustraerse a la trascendencia —e inequívoco testimonio de separación— o bien abrirse a la acogida de Otros, trascenderse hacia lo Infinito “La posibilidad para la casa de abrirse a Otros es tan esencial a la esencia de la casa como lo son las puertas y las ventanas cerradas” (Zarone 1993).

Hemos hecho referencia a la importancia de la conciencia de la muerte en la obra de Rojas Herazo. La morada se convierte en esa conciencia pero de forma dilatada, pues, finalmente, la morada acaba con la vida. La casa es un desapego a la vida y sus partes son la posibilidad de relación con el Otro. Celia compone su sentido alrededor de los espacios de la casa en que están manifiestos todos los seres con los cuales se relaciona. Y también se constituye en un tiempo que pudre los objetos y a ella misma. La ruina está cargada de todo el sentido de la vida o la muerte, que en últimas se identifican.

Oikos, casa y ciudad que se identifican con receptáculo. El habitar se realiza como principio y fin esencial en ellas. Por esta razón, el sentido de la casa o de la ciudad está dado en su apertura: son puerta, ventana, camino.

En todos los casos, es espacialidad, orden geométrico que delimita, organiza y estructura una trama de relaciones objetivadas en una evidencia plástica destinada a durar, a conservar una memoria, a devenir lo que es, mito. Mito es la palabra que habla y devela el origen de la ciudad, habitación del hombre, es el exilio, la raíz sin raíz, el vacío del desierto donde falta sobre todo el horizonte de la meta, el sentido (24).

Tanto el exceso de presente en Zarone, como el de memoria en Rojas Herazo se suavizan desde la perspectiva del morar, pues éste es el que forma la existencia y las dos posiciones buscan en últimas estos asientos del ser. La casa vive mientras vivan en ella. Cuando Celia se vaya, irán con ella sus fantasmas. Mientras tanto, sólo queda el escribir sobre la nada, el tiempo nos da los indicios de esta nada, y el sufrimiento —también presente en la obra— revela el absurdo de la existencia, de una existencia para la muerte, en términos de la filosofía Heideggeriana.

¿Hasta cuándo estaré viva, hasta cuándo? Cómo es de duro todo esto. Si no tuviéramos que hacer nada, nada en absoluto, así no más qué reposar solamente, también sería duro, durísimo, estar viva. Sólo ver hojas, oír viento, tener hambre, irse allá atrás, a la caseteca de madera junto al guayabo (donde Valerio, antes de ayer obligó a los dos muchachitos a embutir el mapa en la caja de excrementos) para botar la bacinilla. Y si sólo tuviéramos que oír mar sentir pájaros haciendo nidos o picoteando frutas y niños con un perro corriendo de aquí para allá en este patio de hierbas y tiestos rotos, que se me antoja tan bello,

recogiendo mamones y asustando lagartijas y poniéndole un nombre a cada corotico, si no más que eso, me repito, ¡cuánta fatiga y desgaste habría en esa simplez! Porque siempre te pudres, allá adentro y acá afuera le pudres (*Celia* 87).

Y desde de la filosofía de Nietzsche, diríamos que si no hay un orden, tampoco hay un sentido; a las cosas les gusta el azar. No obstante, en el mundo existe una voluntad que consiste en aceptarse a sí mismo y repetirse. Todas las cosas son desde siempre y nosotros somos con ellas. Este *eterno retorno* le permite reconciliarse con aquello que siempre ha sido y se repetirá por siempre.

El remedio contra la impotencia del hombre sobre la vida, es decir, el mito del que nos hablaba Pierre Grimal, que pasó a ser el mito del habitar, se convierte en auxilio a la precariedad y sacralización de la existencia. El mito de la infancia, con el cual titulamos esta reflexión, es la casa que pone a la experiencia como imperativo, es una forma de espiritualizar la materia, lo sentido, relativizando a la razón, al *logos*.

En conclusión, Héctor Rojas Herazo es un importante ejemplo de lo que podríamos llamar literatura existencialista. Su vasta obra, que pretende entender el género humano a partir de sí mismo, es un ejemplo de auto-comprensión y aprendizaje de la vida.

En él son más importantes los terrenos de la muerte y la infancia que los de la racionalidad. Ambos son de alguna manera irracionales. El hombre accede a sí mismo a través de las sensaciones y sobre todo aquellas que percibimos provenientes de la nada, que nos revelan el sentido real del existir.

Celia se pudre es el mito de la infancia, que es todo y es nada; es la existencia, pero también la muerte. Es un mito, que más allá de ser una defensa para el hombre contra lo intangible y amenazador, pone al ser humano en las fronteras del abismo, lo hace caminar en ellas y sentir las como parientes, sus hermanas, una imagen de ellas.

Con la conciencia de la muerte se abre la conciencia del habitar. Ésta es la otra mitología de lo humano; es el punto que construye el recuerdo, capaz de poseer el presente y ser pasado. La casa o la ciudad son el habitar y el habitar es el ser. Un ser caótico, lleno de resignificaciones y nuevos sentidos. Esto termina con el hombre mismo y ella también acaba al hombre.

Bibliografía

- Cárdenas, Páez, Alfonso. "Escritura y visión de mundo en la narrativa de Rojas Herazo." *Cuadernos de Literatura* 3 (enero-junio de 1996).
- _____. "Novela y escritura en Rojas Herazo." *Universitas Humanística*.
- Huizinga, Johan (1957). *Homo Ludens*. Buenos Aires: Emecé.
- García Usta, Jorge. "Héctor Rojas Herazo: confesión total de un patiero."
- _____. "Poesía moderna y espíritu nacional." *Boletín cultural y bibliográfico* 24-5 (1990).
- Grimal, Pierre (1970). *Mitologías del mediterráneo al Gorges*. Barcelona: Planeta.
- Langer, Susanne (1958). *Nueva clave de la filosofía un estudio acerca de la razón, el rito y el arte*. Buenos Aires: Sur.

- Luque Muñoz, Henry. "Héctor Rojas Herazo: enviado de lo invisible." *Gaceta* 31.
- Nietzsche, Frederic (1998). *Zarathustra*. Madrid: Alianza.
- Posada Mejía, Sofia. "Héctor Rojas Herazo: "No es que yo quiera hacer un poema, un cuadro, una novela, es que no puedo evitarlo. Entrevista." *Revista Universidad de Antioquia* 250
- Rojas Herazo, Héctor. *Celia se pudre*. Ministerio de Cultura Bogotá: 1998
- _____, "Pequeño boceto de la novela." *Revista Universidad de Antioquia* 250
- Sennett, Richard (1997). *Carne y Piedra*. Madrid: Alianza.
- Zarone, Giuseppe (1993). *Metafísica de la ciudad: encanto utópico y desencanto metropolitano*. Valencia: Pre-Textos.
- Zeneuve, Jean (1971). *Sociología del Rito*. Buenos Aires: Amorrortu.